

## «EL CONTENIDO DEL CORAZÓN»: SU SIGNIFICACION FILOSOFICA

### I

En este sorprendente, cálido y cautivante libro de poesía de Luis Rosales encontramos, al correr de su lectura, una profunda meditación sobre la vida. Diríamos aún, sobre la esencia de la vida, o mejor, la vida exhibida en su misma esencia. La temática en principio no tiene por qué sorprendernos, puesto que este libro es la versión poética de la propia vida de su autor. Es una autobiografía vertida en forma de poemas.

Pero ¿desde cuándo una autobiografía exhibe, de suyo, algo esencial? Más bien estamos acostumbrados a que las biografías no sean más que vidas particulares, concretas, donde normalmente estas historias personales—por importantes que sean—quedan ceñidas al estricto círculo de las circunstancias, hechos y pensamientos que el autor ha desarrollado a lo largo de un período de su vida. En ciertos casos se escriben como ilustración o ejemplo de concepciones históricas en las que se intenta mostrar cómo, de alguna manera, determinados acontecimientos de significación política, cultural o social para una nación o para la historia de la humanidad en general, se «encarnaron» en la vida de estos personajes. En otros casos, las autobiografías no son más que la voluntad de perduración del autor; de perdurar ya sea con la convicción que tiene algo que legar a los demás, ya sea simplemente por la pretensión de no caer en el olvido.

¿Qué queremos decir con qué, en este especialísimo caso, nos encontramos, implicada en una autobiografía vertida en forma poética, con una consideración de la vida en su esencia misma?

¿Es acaso esta obra de Luis Rosales un ensayo de filosofía?

La filosofía desde siempre se ha reservado la tarea de preguntar por la esencia de las cosas, buscando dar respuesta independientemente de los casos particulares, tratando de comprender la verdad en ellas alojada. Es la consideración abstracta de las cosas; tal manera de proceder es la que, en definitiva, la ha distinguido de otras manifestaciones del espíritu.

---

NOTA.—Todos los entrecomillados son palabras de Luis Rosales y todos los números que aparecen entre paréntesis corresponden a las páginas de *El contenido del corazón*, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid.

Ciertamente, este libro de Luis Rosales no es ni mucho menos un ensayo de filosofía. Es un libro de poesía, que trata de UNA vida; la vida concreta del propio autor. Es por eso que se pone irresistible la pregunta: Pero ¿es que también la poesía nos dice «qué» son las cosas?

Parece que no; por lo menos a primera vista, nada más lejos del ánimo de un poeta que hacer filosofía, nada de abstracciones, sino, por el contrario, labor dolorida o regocijada con las imágenes concretas, en las sugerencias del lenguaje; es más bien la tarea del despliegue de la sensibilidad que de la inteligencia objetivante.

Sin embargo, la realidad no sabe en última instancia de recortes o supresiones y no concede su plena y fundamental explicitación solamente a una ciencia o a un saber o, inclusive, a un hacer.

Al fundamento, a lo esencial, al ser mismo le es indistinto el modo de venir a la presencia, de llegar a desvelarse. Sólo exige ciertas condiciones; la principal de ellas es la disposición para que así se pueda revelar. Y esa disposición nuestra es originariamente la de apertura a la totalidad. Todo un mundo se esconde tras esa escasa formulación, y aunque no es aquí el lugar apropiado para desplegarlo, no pasa desapercibido que esta apertura a la totalidad comporta como rasgo distintivo un consentimiento (tomado en la doble implicación de dejar ser y sentir con) a lo que nos excede, o dicho de otro modo más técnico, comporta la experiencia pre-ontológica del Ser.

Nada está clausurado en sí mismo. Todo constituye un plexo de referencias significativas que convergen, que pugnan por converger hacia el espíritu humano capaz de recogerlas, buscando ser traídas a su actual presencialidad y por lo mismo haciéndose verdad sucesivamente.

El advenimiento a la presencia de lo que busca presentificarse encuentra, sin embargo, zonas del espíritu más permeables a su desvelación. Tres modos privilegiados de experiencia están en la base de la filosofía, la teología religiosa y la poesía. Héctor Mandrioni, en su precioso libro *Rilke y la búsqueda del fundamento*, lo precisa así: «Las potencias metafísicas del espíritu que, como la teología religiosa, la filosofía y la poesía, se ocupan cada una desde sus visualizaciones específicas del fundamento último de la realidad deben aprender a dialogar entre sí» (p. 24. Ed. Guadalupe. Buenos Aires, 1971). Ciertamente tienen visualizaciones específicas, pero identidad de apertura o intención.

Toda presentificación comporta necesariamente un lenguaje, que la mantiene en la presencia actual, o por lo menos, que le concede la

posibilidad de rastrear las huellas que han conducido a este advenimiento.

Cada una de estas tres modalidades básicas de corresponder al fundamento tiene su propio acuñamiento obtenido por siglos de historia, y tal manera de acuñarse en un lenguaje específico les otorga esa «visualización específica» y el violarlo entrañaría sin duda el riesgo de no corresponderle. Pero al par no debemos olvidar que ese mismo lenguaje que le ha otorgado la posibilidad de su experiencia, está generando continuamente las posibilidades de su ocultamiento al esclerosarse o entificarse en alguna de sus múltiples dimensiones.

Luego de este brevísimo, pero indispensable, rodeo creemos haber ganado algo en orden a la pregunta que desencadenó nuestra meditación. ¿Es acaso *El contenido del corazón* una obra de filosofía? ¿Nos dice acaso la poesía cuál es el fundamento de todo?

La respuesta es casi obvia: ciertamente que no, tomadas en su matiz específico la filosofía es tal y la poesía cual. Sin embargo, esta obra, desde su específica diferenciación, ha entrado en la zona del fundamento, esto es, ha llegado a la cercanía de lo idéntico, donde toda diferenciación está en ciernes, por lo que le suministra al pensar filosófico un camino regio por el cual internarse, tal vez con más holgura y profundidad que desde su propia especificidad.

Este, entendemos, es el acontecimiento que en esta obra de Luis Rosales ha tenido lugar. Corresponde ahora verlo más de cerca.

## II

No se puede leer *El contenido del corazón* sin palpar emocionalmente; su lectura no deja intervenir a la razón objetivadora. Es preciso de entrada sumergirse en él, tal como él viene propuesto. Es la maestría del lenguaje usado por Rosales (¿o que se usa en él?) lo que nos provoca esa imposibilidad de tomar distancias, la que genera esa atmósfera emocional que nos invita a recogernos al par que nos distiende. Decimos recoge y distiende; nos recoge de nuestro habitual y cotidiano estar en lo otro, en lo ajeno; nos recoge de la sistemática alienación a que estamos sometidos por la sociedad actual, y simultáneamente nos distiende, nos despliega a nosotros mismos en nosotros mismos en nosotros, fuerza a que nuestra alma encogida y funcionalizada en unidimensionales actividades se extienda, se reconozca en su amplitud, se percate de su consistencia.

Allí está en operación lo que enunciábamos más arriba, este lenguaje conduce, no clausura, abre accesos a lo íntimo—la región de

la confluencia de lo instintivo-ciego y lo abstracto-lúcido—, nos pone en ruta a lo esencial. Se instala justamente en implícito contraste, por rechazo, del clausurante lenguaje del mundo científico-técnico, que a fuerza de numerar, registrar y tabular, ha echado sobre la región de las experiencias originarias el granítico manto de la positivación normalizadora, niveladora con el ya hoy explícito afán de ponerlo todo a la mano, de que nada quede sin manipulación.

Rosales nos ha abierto un mundo que nos retrotrae.

Retro-traer. ¿Qué es eso que nos trae hacia atrás?

Lo paradójico y sorprendente es que eso que nos detiene, que desde atrás nos tira, es lo que —teóricamente— está allende nuestro, más allá de nosotros; esto es: la muerte.

«Lector: éste es un libro ya puesto en orden por la muerte» (p. 15), y queriendo decir libro se dice vida, «yo me resumo a él» (11), dice terminantemente su autor. Y así es nombrada, presentificada la muerte; como lo que nos aguarda y nos atrae irresistiblemente, pero que en lugar de envararnos, ocultarnos o forzarnos a adoptar actitudes heroicas al comprenderla como el fin de nuestros proyectos o como la insoslayable irrupción de la nada en nuestra aspiración de absoluto, la muerte nos propone regresar. «Regresar ya es hacer testamento» (22) y «... comprendo que vivir es ver volver» (24). Así se descubre el sentido de la muerte, haciéndonos comprender el sentido de la vida y comprendiendo ésta, gana la muerte la plenitud de su sentido. Auténtico círculo—no vicioso—hermenéutico. «Vivir es ver volver, porque la muerte no interrumpe nada» (149). Introduzcámonos en esta hermética y ceñida formulación, puesto que todo el libro no es más que su explicitación.

¿Qué es este ver que denomina al vivir? Por de pronto, aquí ver no es más mirar. Ver aquí está tomado en ese profundo sentido que late en esa tan frecuente expresión cotidiana: No veo de qué se trata. No es el ver de los ojos, que se posa sobre las cosas, captándolas allí, en ellas, en sí. Es un ver espiritual, es como una intuición comprensiva, es comprender algo, esto es, asirlo por dentro por lo que lo funda, en una palabra, es re-conocerlo, o sea, recordarlo. «Mirar es una cosa y recordar es otra ¡tan distinta! y, sin embargo, sólo vemos las cosas recordándolas» (54).

La comprensión entrañable y desde dentro de las cosas sólo es posible mediante el recuerdo... «el recuerdo es el único medio que tiene el hombre para diferenciar una cosa de las otras, para vivirlas, para hacerlas nuestras» (24). «En la memoria se perfecciona la visión» (54). Entonces, ¿cuál es esta especial función de la memoria?

Normalmente, se entiende el vivir como una actividad progresiva, esto es, la vida busca siempre incrementarse, ser cualitativa y cuantitativamente más. La memoria suele entenderse como la capacidad o facultad de retener nuestro pasado en el presente, impidiendo que se disuelva nuestra continuidad en una mera puntualidad, hace a lo ya sucedido, actual, presente y que está estrechamente vinculada a nuestra capacidad de expectación, la que instala al futuro en nuestro presente, haciéndolo por ello real. Constituyen estos tres momentos el horizonte temporal de la vida. Sin embargo, advertimos que aquí se le asigna a la memoria un rol mucho más decisivo para la vida humana.

La memoria, no sólo es un momento de nuestro decurrir temporal, sino fundamentalmente la capacidad que nos vincula con lo originario, lo que nos liga al origen. Es una capacidad que más que traer-hacia-mí-algo que yace en el pasado—ésta sería su función secundaria y derivada de la anterior—nos abisma desde el presente en el pasado, no sólo nuestro pasado, sino en lo pasado y más que pasado anterior, en lo anterior a nosotros, en nuestro origen. «Nadie sabe hasta dónde puede llevarle la memoria, cuando se entrega a ella» (23), «nadie sabe cuándo comienza a revelarse lo verdadero» (23).

Detengámonos un momento en lo originario, en el origen. Porque origen comporta una doble significación; es lo que principia, comienza y a la vez lo que sostiene, lo que funda. El origen como comienzo lo es tanto el punto para la línea como el nacimiento para la vida y el origen como fundamento es lo original, lo más verdadero o lo más auténtico de algo, como, por ejemplo, se dice que fulano es originariamente español, aunque haya pasado toda su vida fuera de España; le acompaña siempre y no es sólo el punto inicial de arranque. Dicho apretadamente en el origen se entraña lo originante y lo original.

Para Rosales es claro que, aunque distinguidas las dos significaciones, se fundan ambas en esa única que sostiene al resto. O sea nuestro origen es nuestra infancia (comienzo) y nuestra plenitud (sentido, unidad, fundamento). «Y entonces comprendemos que la vida ha llegado de nuevo hasta su origen y que las cosas enterradas en nuestro corazón aprenden a nacer» (37). «¿No habéis sentido nunca una caída sin asidero en la memoria?» (91). «Pero, no lo olvidéis, todo vuelve a su origen y aquella forma oval era también la que tuvieron en el claustro materno» (118). «Lo que importa es nacer y siempre queda en nuestra vida un brote nuevo o un recuerdo de niño» (120). «...: la unidad de la vida. En la primera infancia la tuvimos» (121). «Lo primero es lo lleno» (144). «Tal vez lo profundo es lo sencillo» (36).